

ROGELIO ROVIRA, *La fuga del no ser. El argumento ontológico de la existencia de Dios y los problemas de la metafísica*. Madrid, Ediciones Universidad San Dámaso, 2024 (nueva edición revisada, actualizada y orgánicamente acrecida), 274 pp.

La publicación de este libro del profesor Rogelio Rovira no toma al público completamente por sorpresa. Se trata de la reedición de una obra publicada con el mismo título originalmente en 1991, aunque no sin algunas novedades que la hacen todavía más atractiva: no sólo se ha revisado el texto, sino que también se ha actualizado la bibliografía y se han acrecentado algunos capítulos con interesantes aportaciones, como, por ejemplo, la inclusión de las contribuciones de Moses Mendelssohn al tema del libro. La obra, que responde a una de las principales inquietudes filosóficas del autor, trata de trazar una historia del llamado «argumento ontológico de la existencia de Dios». Es un proyecto ambicioso, habida cuenta de la envergadura de esta particular prueba de la existencia del Ser Absoluto, que, formulada por primera vez por Anselmo de Canterbury, ha sido discutida incesantemente hasta nuestros días. Esta recurrencia del asunto del argumento anselmiano en toda la historia de la filosofía no es sino la muestra de su carácter verdaderamente ontológico, como se esfuerza por mostrar el autor en el epílogo del libro. En efecto, el argumento puede calificarse de ontológico, no, ciertamente, por responder a una ontología racionalista que es «en el sentido restringido en que Kant la concibió» (p. 255), sino más bien en virtud de los grandes problemas metafísicos que están implicados en él. Así, podemos señalar principalmente entre esos problemas el de los universales, el de la predicación del ser y de

sus diversos sentidos, el del origen del conocimiento de las esencias y el de la distinción entre ser finito y ser infinito. De ello resulta que el libro no es tan sólo una investigación acerca de la importante prueba anselmiana—esto ya sería suficiente para encomiar la obra— sino que constituye también una presentación sucinta pero abarcadora de los principales temas de la filosofía primera.

El libro se divide en dos partes. En la primera, que incluye cinco capítulos, se estudia al detalle el alcance del argumento ontológico tal como fue planteado por su inventor, así como las defensas filosóficas que han presentado sus históricos partidarios. En el primero se expone cómo el argumento ontológico se funda en la evidencia inmediata de la proposición «Dios existe» y en su demostración al entendimiento humano. En los capítulos siguientes se ofrece una explicación de los tres modos principales en que formularon la prueba San Anselmo, San Buenaventura y Descartes: respectivamente, por reducción al absurdo de la tesis contraria, por silogismo condicional y por silogismo categórico. En la segunda parte, el autor presenta las principales recusaciones del argumento, ordenándolas sistemáticamente para hacerlas más inteligibles y distribuyéndolas en dos grupos. De un lado, las objeciones que se fundan en el carácter analítico de la proposición «Dios existe», especialmente al hilo de las consideraciones de Kant y Brentano (cap. VII). En este punto se presenta la clásica acusación al argumento de que encierra la falacia lógica del tránsito del mero pensar al ser efectivo. Sin embargo, el autor aprovecha para recordar que el punto de partida del argumento «no es en absoluto un mero concepto de Dios, sino, antes bien, un puro conocimiento de la esencia divina» (p. 121). De otro lado, se

estudian las objeciones fundadas en el carácter contradictorio del concepto «Dios» (cap. VIII), en la incognoscibilidad de la esencia divina (cap. IX), en el carácter no predicable de la existencia (cap. X) y, finalmente, en el carácter no conceptualizable de la existencia (cap. XI). Respecto al carácter contradictorio del concepto de Dios, se detalla la postura de Escoto y de Leibniz, quienes se esforzaron por mostrar que, para lograr que el argumento inicial de Anselmo fuera convincente, sería imprescindible mostrar primero la no imposibilidad lógica del concepto «Dios». A esto sigue la exposición de la doctrina de las perfecciones puras, tan necesaria para una recta comprensión de los atributos divinos, los cuales han de ser aplicados al Ser supremo de manera no completamente equívoca ni tampoco completamente unívoca. El estudio de la objeción de la incognoscibilidad de la esencia de Dios tiene, naturalmente, muy en cuenta el pensamiento de Santo Tomás, así como la distinción entre ser finito y ser infinito de Edith Stein. Según esta objeción, dada la distancia abismal que separa a Dios de los demás entes, «el conocimiento de la esencia divina misma está vedado *a fortiori* a un entendimiento finito como el del hombre» (p. 159). Dado que la esencia del sujeto de la proposición «Dios existe» es incognoscible, la verdad de dicha proposición no podrá ser de evidencia inmediata para nosotros, sino tan sólo por sí misma. Es interesante en este punto el modo en que el autor muestra cómo la postura tomista, aunque finalmente no acepte la validez del argumento, reconoce la verdad que contiene —verdad «latente», como expresaría Brentano— de que, en el Ser Absoluto, la esencia se identifica de tal modo con la existencia que este ser no podría no existir. Por su parte, la objeción basada en el carácter no predicable de la existencia presenta la célebre declaración kantiana de que el ser no es un predicado real por no añadir nada al concepto de la cosa en cuestión. Aquí se toman en cuenta también las críticas de Frege y Russell al argumento, así como la réplica de Moore. Finalmente, la tesis del carácter no conceptualizable de la existencia es estudiada de la mano de los autores antes mencionados y,

además, a partir de los filósofos analíticos Malcolm, Hartsthorne y Plantinga que presentan las repercusiones que el concepto de Dios como lo absolutamente necesario tiene en la lógica modal.

La diversidad de autores estudiados y citados a lo largo del libro muestra la erudición del autor que, por lo demás, no se ve reñida con la síntesis filosófica. En efecto, si bien la obra posee una clara intención historiográfica, cabe señalar su carácter propiamente filosófico, dado que en ella el autor se propone, ante todo, profundizar en el sentido último de la prueba anselmiana y considerar con exhaustividad los argumentos a favor y en contra de ella. Aunque en ningún momento del libro el autor muestra explícitamente su aceptación de la validez del argumento ontológico, la misma estructura basada en la discusión de las objeciones y su respuesta apunta a la adhesión del autor al argumento.

En cuanto a la bibliografía, hay que decir que es de gran valor, pues en ella se recogen no sólo las fuentes en las que se encuentra directamente desarrollado el argumento, sino también una muy detallada relación de los principales estudios que sobre él se han llevado a cabo hasta el presente. En general, los interesados en cuestiones de teología natural y, en particular, quienes quieran introducirse en la comprensión de la prueba ontológica, encontrarán aquí una herramienta sumamente útil.

Aunque la obra no está destinada exclusivamente a los especialistas, presupone en el lector ciertos conocimientos filosóficos, especialmente de lógica y metafísica. No se le ahorra al lector la dificultad que supone seguir todos y cada uno de los argumentos que, bien sea para la defensa o para la recusación de la prueba ontológica, se van sucediendo en la exposición. Aun así, el libro está escrito con gran elegancia y claridad, lo cual facilita enormemente la lectura para los que quieran iniciarse en la filosofía.

El libro, que suma un total de 274 páginas, ha sido publicado por Ediciones Universidad San Dámaso en una cuidada presentación. – Santiago María Rodríguez Grediaga, Universidad Complutense de Madrid. santro04@ucm.es